

No hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia*.

San Francisco: un hombre saca una pistola en un tren abarrotado. En las imágenes de las cámaras de seguridad se le ve empuñar el arma y apuntar en el pasillo varias veces. Los demás viajeros están muy cerca, pero nadie se fija en él. Todos están con la vista clavada en sus pantallas, navegando, mandando mensajes. El hombre parece preso de algún tipo de paranoia. No hay duda de que es un peligro para sí mismo y para los demás. El riesgo, el caos, el terror están justo ahí, pero nadie presta atención. Solo cuando le mete un balazo en la nuca a un pasajero que se baja del tren —matando a Justin Valdez, un estudiante de veinte años— la gente levanta la vista.

*

Principios de los noventa, Birmingham: inicio sesión en CompuServe con la cuenta de una amiga en un Mac nuevecito con la pantalla a todo color. Entro en una sala de chat.

Hola, escribo en la máquina.

Un instante de espera.

Hola, me contestan. Recuerdo haber gritado.

Estoy sentada en un parque que hay cerca de mi casa en Londres. He salido a dar un paseo, me he obligado a dejar el móvil y la cartera en casa para despejarme un poco tras un día de trabajo frente a la pantalla. Estoy aturdida, atontada, mi mente es un batiburrillo de ideas e imágenes borrosas. La última hora de trabajo la he pasado en un agujero negro, moviéndome por páginas web y cuentas de redes sociales buscando... ¿qué? Cuando decidí salir a airearme —el cuello contracturado, una necesidad imperiosa de hacer pis—, había olvidado qué era lo que buscaba en esas páginas. Pinchaba inútilmente en un vacío, páginas y más páginas de información, sin molestarme en leerlas, saltando entre cuentas de redes sociales, búsquedas, mail, la pantalla de mi móvil y la de mi portátil. Había intentado escribir, pero solo había conseguido terminar un párrafo.

Antes, cuando me sentaba a escribir, nunca era así. Podía trabajar tres o cuatro horas del tirón con unas pocas interrupciones, tal vez una pausa breve, un descanso de cinco minutos. El tiempo era un continuo de atención, un hilo placentero de productividad que me dejaba con la sensación de haber conseguido algo real y no de haberme perdido quién sabe dónde, convertida en una zombi por la máquina. Me desperezo y veo que el viento agita las hojas que extienden sus puntas anunciando el verano. Me siento drogada.

El día está encapotado. Hace fresco, pero no frío. El paisaje es anodino: un parque urbano descuidado, una hilera de plátanos. Reparo en la gente que hay en el parque a mi alrededor. Con la excepción de una pareja de ancianos que conversan y los niños que juegan en los columpios, todo el mundo está con el móvil. Pasando páginas, escribiendo mensajes.

Cuellos doblados, hombros encorvados. Son mis vecinos en el *meatspace*,* aunque ya no en este día de finales de primavera. Una frase recorre mi cabeza, oída en Estados Unidos: «Por su propio confort y seguridad, mire el paisaje y no la pantalla». Un anuncio de seguridad que oí varias veces en el tranvía de San Francisco la última vez que estuve de visita. Cada trayecto salpicado por esa frase, seguida del silbido de los frenos y el estrépito de las puertas al cerrarse.

Me abruma una sensación de falta de sentido, como si estuviera esperando que ocurriese algo pero sin saber qué. Sé que son los surcos, las huellas que han dejado en mi psique todas las veces que me he dejado atrapar por el sistema de recompensa de mi cerebro. Es como si hubiera olvidado cómo ser yo. Al observar a mis vecinos, que ni siquiera me ven, me siento extrañamente sola.

*

Suelo chocarme en la calle con gente que camina mirando el móvil. *Smombies* es como los llaman en alemán: zombis del *smartphone*. Tengo amigos a quienes les han quitado el móvil de las manos en plena calle. Los estudiantes, cuando conectan sus móviles al salir de clase, son presa fácil para ladrones que montan en *scooter*. En las estaciones de metro aparecen carteles que advierten del peligro.

*

Hay una página de la Wikipedia que lleva la cuenta de todas las personas que han muerto haciéndose un *selfie*. Despeñán-

* Literalmente, ‘espacio de carne’, con el sentido de mundo real, físico, tangible, por oposición al ciberespacio. (*N. del T.*)

dose desde un sitio pintoresco, o frente a un tren que se les echaba encima; distrayéndose mientras conducían o arrastrados por el mar en un rompeolas un día de temporal; electrocutados en la vía del tren o víctimas de un disparo fortuito. Es una lectura escabrosa. Quizá hasta podría ser divertida pese a su crueldad, pero deja de serlo en cuanto empiezas a fijarte en las edades de los muertos: catorce, diecisiete, dieciocho, quince, veinte, dieciséis, diecinueve, veintiún años... Un rosario de muertes tragicómicas que se lee casi como *Los pequeños macabros*, de Edward Gorey: «La A es de Amy que rodó por las escaleras. La B es de Basil, atacado por unos osos...». Material de peli gótica de serie B, un aviso que es difícil tomarse en serio.

Por su propio confort y seguridad, mire el paisaje y no la pantalla.

*

Unas semanas después de esa tarde en el parque, Google me envió una cronología para recordarme los sitios donde había estado a lo largo del mes: Berlín, Londres, Tempelhof, Kings Cross, mi despacho, mi casa, las casas de mis amigos. Me informaba de las veces que había estado en cada uno de esos lugares. El mail me pilló por sorpresa. No era consciente de haberme dado de alta en ese servicio, posiblemente al no marcar una casilla en una página que no había leído bien.

La única omisión era el parque, adonde había ido sin el móvil. Pensé en esa tarde. La imagen, no por habitual menos chocante, de toda esa gente mirando ensimismada sus pantallas. El viento arremolinado en las hojas del plátano, el silencio de una repentina soledad. En cierta forma, esa omisión era lo más importante del conjunto de datos y el recuerdo más vívido que guardaba de todo el mes. Sin el estorbo de la pantalla, pude

sentirme presente en mi propia vida. Había sido el único momento en el que nadie tenía la menor idea de dónde estaba. Ni Google sabía dónde había estado. Cuanto más lo pensaba, más agradable me resultaba el descubrimiento.

El tacto es anterior a la vista, anterior al habla.
Es el primer lenguaje y el último, y siempre dice
la verdad.

MARGARET ATWOOD, *El asesino ciego*

Nos mueve el afán de recibir atención. Está en nuestra naturaleza. Desde el día en que nacemos necesitamos el contacto con los demás. Gracias a las investigaciones de Winnicott, entre otros, sabemos que un desarrollo cognitivo sano depende en parte de recibir una atención suficiente de nuestros cuidadores principales. Aprender a modular esa necesidad de atención es uno de los pasos necesarios para alcanzar la madurez. Si queremos torturar a alguien, lo encerramos en una celda de aislamiento. Hacer el vacío es una forma típica de maltrato. Hay algo profundamente atávico en que nuestros cuerpos necesiten ser percibidos por otros cuerpos humanos, aunque solo sea para confirmarnos que existimos. Tal y como señaló Hannah Arendt: «La presencia de otros que ven lo que vemos y oyen lo que oímos nos asegura de la realidad del mundo y de nosotros mismos». Somos criaturas sociales, nacidas a una interpelación vital con otros humanos. Internet nos ofrece formas nunca vistas de conectar con los demás. ¿Cómo es posible, entonces, que en esta vorágine de conexiones, nos veamos inmersos en una epidemia de soledad?

*